

## A propósito del "fermento divino"

Ricardo Ávila

En algún momento de su vida, casi todos los hombres entran en contacto con las bebidas alcohólicas, pero las formas y modos de ese encuentro están definidos por el contexto cultural en que se presentan. En ciertos pueblos chinos, por ejemplo, el primer trago que contiene alcohol es concedido al joven luego de una solemne ceremonia y bajo la advertencia de beber sólo en ocasiones especiales y con mesura, como dicta la norma social. Lejos de este tipo de prácticas rituales, en las sociedades musulmanas, sobre todo las más apegadas a la tradición coránica, adolescentes y adultos -ya no digamos las mujeres- tienen estrictamente prohibido consumir alcohol. En el mundo cultural de Occidente, al que pertenecemos, los caminos por los que los hombres transitan hacia el conocimiento de las bebidas embriagantes son diversos. Así, en países con rancia tradición vinícola se acostumbra a niños y adolescentes a la presencia y consumo del vino; inclusive existe una liminalidad socialmente organizada para poner al púber en contacto con los néctares del dios Baco. En Francia, aunque quien va a ser iniciado haya probado el vino, se acostumbra descorchar una botella de *champagne* para celebrar el paso de una edad a otra, de niño a adolescente.

En México no hay una forma precisa y socialmente sancionada para iniciar a los jóvenes en las delicias u horrores de las bebidas alcohólicas, los caminos son múltiples. Hay desde el niño al que le dan pequeños sorbos de cerveza para que se familiarice con ella, sobre todo si vive en esas inclementes latitudes donde el calor es abrumador, hasta el adolescente que choca con el alcohol -literalmente- al emborracharse hasta la inconsciencia en una juerga con amigos, para lamentarse al día siguiente la catástrofe de la resaca y prometer, casi siempre para no cumplir, que nunca volverá a consumir bebidas embriagantes. Con todo, en nuestra sociedad se distinguen dos maneras para iniciar al neófito en los "saberes etílicos": una es por medio de la sutileza del juego, se trata de emborrachar al amigo; otra es una manera de demostración de valor, de hombría: se bebe porque se es macho, muy macho... A las mujeres, por su parte, si no se les prohíbe expresamente beber, se les estigma si consumen bebidas embriagantes. Hasta hace pocos años, en México las mujeres no podían entrar en las cantinas, el hecho se consideraba vulgar y peligroso, porque libar las puede arrastrar a excesos y licencia.

Bares, cantinas, pulquerías y demás establecimientos del estilo, se esparcen por todas partes para acoger a bebedores, desde la rancharía más remota hasta la gran metrópoli. A esos lugares, amén de los alcohólicos asiduos -pocos de los cuales logran escapar del flagelo por medio de Alcohólicos Anónimos-, innumerables borrachines acuden desde temprano para "curarse la cruda". Pero esos establecimientos no viven de los crudos ocasionales, sino de los borrachos consuetudinarios. Hacia el medio día las cantinas se agolpan de parroquianos que desean o necesitan volver a sentir en sus gargantas, pero sobre todo en sus espíritus, los humos

del elixir divino, acto que comúnmente se desliza a una nueva borrachera, exculpada mediante la aserción consabida: "Dios nos puso en este camino. ¡Qué le vamos a hacer!"

Los hábitos y modas de la vida actual propician el consumo de bebidas alcohólicas. En nuestra sociedad prácticamente se ha instituido libar durante los fines de semana. Es común escuchar a personas de las más diversas extracciones: "es viernes social" (o sábado), cosa que casi siempre implica beber. Durante esos "días sociales", no sólo se intercambian dos o tres copas para acompañar una charla amable, sino que, en forma creciente, estos actos -no sólo del ámbito privado, sino cada vez más de la calle- se convierten en agitadas y truculentas borracheras, muchas de las cuales se salpican de sangre. En nuestro país cada fin de semana hay un importante saldo de heridos y muertos relacionados con el consumo de alcohol. Obviamente, este fenómeno no se debe sólo a los excesos festivos. El sorprendente consumo de bebidas alcohólicas -y de drogas en general- y su violencia inherente, es un efecto de la severa enfermedad moral que padecen nuestras sociedades.

\* \* \*

Desde hace algún tiempo, el fenómeno socio-cultural que constituye el consumo de bebidas alcohólicas y el creciente alcoholismo en las sociedades modernas, ha sido objeto de múltiples estudios de corte sociológico o etnohistórico. Uno de los más recientes trabajos en esa línea de estudio, es el libro coordinado por Dominique Fournier y Salvatore D'Onofrio, titulado *Le ferment divin*.<sup>1</sup> En ese libro se reúnen 16 artículos de otros tantos especialistas, precedidos por un prefacio de Antonino Buttitta y una introducción a cargo del propio D. Fournier. Los ensayos del *Ferment Divin*, como dice su introductor, "analizan algunos de los numerosos ejemplos de sociedades que definen a sus marginales por medio del mal uso que éstos hacen de un producto tan ambiguo como el alcohol";<sup>2</sup> pero su rica información y los diversos enfoques utilizados, hacen difícil su síntesis en unas cuantas páginas. Con todo, presentamos algunas de sus ideas centrales.

En todo el orbe ha proliferado una rica, variada y densa mitología, así como un complejo simbolismo, en torno a las bebidas que contienen alcohol. Para nosotros, gente de Occidente, el vino primero y la cerveza después, se encuentran en la base misma de nuestra civilización, junto con el pan, otro producto del fermento; se trata de elementos fundamentales de la cohesión social.<sup>3</sup> Durante el Medievo el vino era considerado "la sangre de la tierra [...] de naturaleza caliente y húmeda [y excelente para] socorrer a los cuerpos fatigados, a condición de utilizarlo con moderación".<sup>4</sup> Desde siempre, los pueblos bebedores de cerveza la han considerado como portadora de sangre "*Bier macht Blut*", benéfica sobre todo si es del mes de

<sup>1</sup> Fournier, Dominique y Salvatore D'Onofrio (coordinadores), *Le ferment divin*, Paris, Editions de la Maison des sciences de l'homme; colección Ethnologie de la France, N° 12, 1991, pp. 251, ISBN 2-7351-0446-X.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 12

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 129

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 101



marzo, porque su composición y frescura "limpian el cuerpo y restablecen la salud", según lo argumentaba un tratado médico de 1637.<sup>5</sup>

Independientemente de su estatuto espiritual, hay que decir que la cerveza, como los vinos, licores y demás bebidas alcohólicas, calientan el cuerpo e impulsan al movimiento, como ya lo señalaba Aristóteles.<sup>6</sup> Además, en circunstancias puntuales beber permite organizar juegos y competencias, y es el marco socialmente sancionado para demostrar habilidades, ineptitudes u hostilidades.<sup>7</sup> Por otra parte, en torno a una buena mesa, bien servida, pero sobre todo bien bañada de vino u otras bebidas, florecen las sociabilidades, se arreglan negocios, se "recompone al mundo", se hacen amistades o se organizan camorras, luego de que los espíritus etílicos sueltan las amarras que atan la inhibición, para que los hombres se sientan fieras, aunque sea por momentos.

El consumo de líquidos que contienen "espíritu" también despierta el carácter festivo de los hombres. Cuando beben se desinhiben, cantan y bailan. Pero si el consumo se torna demasiado, el canto y el baile terminan, o bien en el sueño -ese letargo tan delicioso como artificial-,<sup>8</sup> o bien en los avernos del atraz malestar físico, la depresión moral y en casos extremos la muerte.

Antes de ser vino y cerveza, esos líquidos son agua. El agua es un producto primigenio de la naturaleza, mientras que aquellos son una elaboración humana, pertenecen al ámbito de la cultura; son productos del trabajo humano que funda la civilización, "el pan y el vino representan símbolos de inteligencia y saber".<sup>9</sup> De aquí que "los productos de la fermentación siempre han oscilado entre el poder arbitrario de la naturaleza y la eficacia milagrosa de la técnica humana".<sup>10</sup> El líquido que no fermenta es la simple agua en su estado bruto, de naturaleza. Los griegos enunciaban una teoría transitiva entre el agua y el vino. En la vida cotidiana este compromiso entre naturaleza y cultura consistía -y sigue consistiendo aún, entre campesinos y gente del pueblo- en mezclar vino con agua a razón de cuatro por uno, para que el *oinos* no terminara por transformarse en *hydor*.<sup>11</sup>

La fermentación también es sinónimo de renacimiento y fecundación cuando se utiliza un agente levante. Ella es propia tanto del pan como del vino. Y si damos un paso más, podemos aceptar la interpretación según la cual el fermento simboliza renacimientos tan contundentes como el ázimo de los judíos o la hostia de los cristianos.<sup>12</sup> Esta idea de que las bebidas fermentadas están bendecidas, cuidadas o son privativas de las divinidades, no sólo se da en Occidente. Sabemos que en el México prehispánico los mexicas y otros pueblos libaban putque bajo una perspectiva ritual; en India se creía que el 'soma' tornaba inmortal a los hombres y les hacía encontrarse con los dioses, según ciertos himnos védicos.<sup>13</sup>

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 109 y 113

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 161

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 207-209

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 10

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 65

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 1

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 36

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 189-203

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 19 ss

La fuerza simbólica de las bebidas fermentadas -y por extensión la de las destiladas- es innegable, pero este poder ha propiciado una percepción ambigua entre los hombres, una "divina ambigüedad", que permite actuar al hombre desde su más excelsa virtud hasta su más ruin vileza. Dicho de otro modo, además de ser una bebida, el vino es un alimento "y tal vez una fuente de placer lícito cuando se bebe con moderación, pero también un líquido secreto, una reserva de misterios, que desencadena las pasiones humanas".<sup>14</sup>

Como todos los misterios, los inducidos por el exceso de vino se sitúan por encima de la naturaleza, son sobrenaturales. Un ejemplo de esto lo tenemos en la cerveza. Durante la Edad Media, cuando todavía no se conocía la esencia química de la fermentación, se creía que la cerveza era el resultado de una transmutación alquímica, provocada por los espíritus que la habitaban, incluido el diablo mismo. Algo similar se pensaba del vino y de otras bebidas espirituosas, justamente. Sin embargo, el vino de la eucaristía sigue considerándose una bebida que posibilita la vida eterna, aunque el consumo excesivo de vino de consagrar puede provocar borracheras espirituales a los sacerdotes, estimulando "santas" o "diabólicas locuras", según el caso.<sup>15</sup>

El contacto entre el vino y los hombres produce encuentros sobrenaturales.<sup>16</sup> Pero este trato puede transformarse en trampa divina, cuando los bebedores se dejan ir por la pendiente del hedonismo o los conflictos de orden colectivo.<sup>17</sup> Es muy peligroso transgredir la sacralidad del elixir divino, tal puede convertirse en intento de olvido, o puede provocar una megalomanía delirante, que bajo la manía dionisíaca puede llegar al mismo *delirium tremens*.<sup>18</sup> Este estado de alienación era considerado peligroso por los griegos, pioneros de la cultura del vino. El consumo excesivo de éste y la embriaguez se equiparaban con la alteración mental y la locura; la alteridad que provoca era un gran riesgo para ellos.<sup>19</sup>

\* \* \*

Si en algo coinciden los ensayos contenidos en *Le ferment divin* es que el descubrimiento y manejo de la fermentación y destilación alcohólicas son productos culturales, y por ello mismo constituyen un ámbito propicio para toda suerte de manipulaciones humanas, como si se tratara de un juego; un juego que permite salidas y escapes a los miembros de todas las sociedades; porque "... el vino está ligado a la cotidianidad de la existencia y a la pena que la constituye".<sup>20</sup> Esto explica por qué, desde la noche de los tiempos, prácticamente todos los pueblos han reglamentado y codificado el uso de las bebidas alcohólicas. La embriaguez ha debido ser tolerada en espacios socialmente definidos, como la taberna o el cabaret, aunque ahora, al menos en México, las bebidas embriagantes están ganando la calle, literalmente. Las reglas y

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 101

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 74

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 104

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 47 ss

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 21 y 158-62

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 177-8

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 94

códigos han debido ser establecidos para delinear las sociabilidades peculiares que propicia el alcohol, aunque es imposible establecer y hacer viable un modelo de sobriedad colectiva;<sup>21</sup> suena más inteligente usar el vino con la moderación que marcan las normas sociales -si ellas son observables-, o siguiendo los ritmos naturales, para contrarrestar ese sentimiento de inmortalidad propio de la culturas indo-europeas.<sup>22</sup> Y aunque pareciera que este sentimiento de atemporalidad prácticamente está alcanzando a todo mundo, hay que reconocer que el actual consumo excesivo de bebidas alcohólicas es más bien consecuencia de las tensiones que causa la vida moderna. De seguir las cosas como están, seremos cada vez más una sociedad planetaria ensimismada y aislada; alterada -en el sentido griego- y alienada por el alcohol y las drogas, cuyo consumo, se sabe, crece en forma inquietante. Quizá la salida se encuentre por el lado de la vuelta a los ritmos de la naturaleza, donde el fermento divino sólo sería una parte de un todo más armónico. Tal vez éste sea el mejor logro de *Le ferment divin*, independientemente de la calidad y riqueza informativa de cada uno de los ensayos que le componen.

\* \* \*

En fin, habría que beber exclamando la palabra 'salud' como verdadero acto de fe salvadora, evitando que nuestro choque de copas se deslice al "salucita", que entre juego y sorna legítima el consumo consuetudinario de alcohol, tanto de borrachos encumbrados como de tepalcates. Una sociedad sana tendría que beber menos y de mejor calidad. Así lograríamos una mayor civilidad en la sociedad, porque cuando los hombres abusan del vino, pierden su entendimiento, el sentido de la vida, y descuidan su condición humana para transformarse en bestias.<sup>23</sup>

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 14

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 3

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 2